

TEMA 29 EL DIOS EN EL QUE CREEMOS LOS CRISTIANOS. Rasgos del Dios cristiano.

1. ¿EN QUE CREEMOS LOS CRISTIANOS?

Creo en un sólo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia que es una, santa, católica, y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

2. "CREEMOS EN DIOS PADRE, HIJO Y ESPIRITU SANTO"

A. DIOS PADRE: El Dios en el que creemos es PADRE. Padre de todos los hombres y Padre nuestro. Somos hijos y hermanos. Es un Padre, que buscando compartir su amor, CREA UN MUNDO a imagen de su Hijo Jesús. Y en este mundo COLOCA AL HOMBRE hecho a su propia imagen y semejanza, dotándole de libertad y responsabilidad. Como haría cualquier padre, Dios se comunica con sus hijos, los hombres, y habla con ellos. Al primer hombre, Dios le da una compañera, la mujer, y para mostrarles su cercanía llega a pasear con ellos por el huerto y a tomar el frescor de la tarde.

LOS HOMBRES PECAN Y abandonan la compañía del Padre, como hizo el hijo pródigo de la parábola que contó Jesús. Pero Dios no los olvida y cada día sigue esperando su retorno al hogar paterno.

Dios establece una ALIANZA especial con el pueblo de Israel, un pueblo esclavo de los egipcios, y le promete la liberación. Cuando llega el momento, Dios los libera para mostrar cuál va a ser su proceder en el futuro con todos los oprimidos de la tierra. Dios, que es padre, muestra un cariño particular por sus hijos más pobres: el huérfano, la viuda, el extranjero...

Dios habla por medio de los acontecimientos históricos. Les habla a través de sus enviados, los PROFETAS. Les habla también valiéndose de los sentimientos, angustias,

rebeldías, alegrías y esperanzas que hace brotar en lo profundo del corazón humano. Es un Padre que no quiere romper la comunicación con sus hijos, y por eso les va hablando fragmentariamente y de muchas maneras a través de los profetas, para hacerse entender. Hasta que llega la plenitud de los tiempos y SE NOS REVELA EN SU PROPIO HIJO, JESUS, en quien nos anuncia su designio universal de salvación.

B. JESUCRISTO: Nunca hubiéramos conocido a nuestro Padre Dios si Jesús no nos lo hubiera revelado. Jesús vino a la tierra. Concedor de los deseos del Padre, se hizo hombre, nació de una mujer y plantó su tienda entre nosotros. Vivió en Nazaret y durante muchos años fue conocido como el hijo del carpintero. Se ganó el pan con el trabajo de sus manos. Cuando llegó su hora, se rodeó de hombres sencillos del pueblo, a los que instruyó para llevar a cabo la obra salvadora que le había' encomendado el Padre. Se enfrentó a los poderosos de este mundo... Fue amigo de los niños, de los publicanos pecadores y de las prostitutas. Supo estar siempre muy cerca del que sufría: del leproso, del paralítico, del ciego. Jamás despidió con las manos vacías a quienes hasta él llegaban suplicantes. Fue tal su obediencia al Padre y su amor a los hombres, que por ellos aceptó una muerte de cruz. Pero Dios no lo dejó en el sepulcro. Lo resucitó al tercer día. Su resurrección ha mantenido viva desde entonces la fe de todos los pobres y oprimidos de la tierra que esperan anhelantes su liberación definitiva.

C. EL ESPIRITU QUE ACTUA EN LA IGLESIA

Aquella tarea de dar a conocer al Padre y de liberar a los hombres que inició Cristo es hoy continuada en la Iglesia por el Espíritu Santo. Jesús sigue vivo entre nosotros y su Espíritu continúa actuando en el Mundo. Ese Espíritu es el que ha atraído a los cristianos a la fe y el que les hará comprender toda la grandeza del mensaje liberador de Jesús. Ese mismo Espíritu es el que nos alienta cada día en nuestras luchas y nos consuela en la adversidad. El Espíritu es el que nos ha congregado en la unidad de la Iglesia y mantiene nuestra cohesión como Pueblo de Dios.

Ese Espíritu es el que nos ayuda a comprender el auténtico sentido de todo lo que Jesús hizo y enseñó. Ese Espíritu es el mismo que está actuando en todos los hombres de buena voluntad. Ese Espíritu es el que nos hace clamar a todos los hombres: ¡Abba! (¡Padre!). Ese Espíritu es el que nos ayuda a tomar conciencia de nuestra fraternidad universal y la realiza. Este Espíritu de Jesús es el que mantiene viva nuestra esperanza y nos hace anhelar el momento de la liberación definitiva cuando haya unos cielos nuevos y una tierra nueva donde reine la justicia.

3. SINTESIS DE LA HISTORIA DE LA SALVACION

A. UN PUEBLO QUE SE PREPARA: Dios desde el principio ha querido la salvación de todos los hombres. Desgraciadamente el hombre, desde "Sus orígenes, rechazó esa amistad divina separándose así de Dios, enemistándose con sus semejantes, y trastornando su relación con la misma naturaleza. A pesar de esto Dios nunca abandonó a la humanidad caída en el pecado.

Deseando la COMUNIÓN de los hombres divididos por el pecado, Dios quiso formar un pueblo, y para eso eligió a los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob. Ellos son los portadores de las promesas que se harán realidad en un futuro: promesas de la descendencia, de la tierra y de la bendición a todos los pueblos. A través de los patriarcas, modelos de fe, esperanza y obediencia, Dios va preparándose un pueblo.

B. UN PUEBLO QUE SE LIBERA Y SE FORMA.

Los descendientes de los patriarcas se establecieron en Egipto, allí sufrieron la opresión y la esclavitud. Clamaron a su Dios y El los liberó sacándolos de la esclavitud. Moisés fue el guía elegido por Dios para llevar a cabo esta empresa liberadora. Salieron de la tierra y marcharon por el desierto, rebelándose contra el Dios que los había sacado de la esclavitud. Dios los perdonó y les mostró su cuidado proveyéndolos de las cosas necesarias: el pan, el agua, etc. En el desierto pactaron una Alianza con su Dios y así quedó constituido y formado el Pueblo de Dios.

C. UN PUEBLO QUE VIVE BAJO LA ALIANZA.

Al conquistar la tierra de Canaán bajo el mando de Josué se establecieron allí. Hubo momentos de gran fidelidad a Dios, pero, poco a poco, no obstante las amonestaciones de los profetas, se fueron separando y olvidaron la alianza que habían pactado. Los poderosos explotaban a los débiles; utilizaban el culto y las instituciones religiosas para tener seguridad y pretender sobornar al Dios de la alianza. Por eso Dios rechazó a su pueblo con la destrucción de los reinos de Israel y de Judá. El exilio fue el castigo a la ruptura de la Alianza.

D. UN PUEBLO BAJO LA ESPERANZA DE LA NUEVA ALIANZA.

El castigo del exilio no es la última palabra del Señor, sino que de nuevo les va a mostrar su misericordia devolviéndolos a la tierra que habían perdido y dándoles la esperanza de una nueva alianza que no fallaría como la anterior. El pueblo del exilio, ayudado por diversas personas, empieza a reflexionar sobre su situación, reconoce su error y se convierte al Señor. Al regresar a la tierra empieza a vivir la época de los humildes comienzos. Sin grandes seguridades humanas, sólo con la seguridad de la promesa divina va preparándose en el anhelo y la esperanza la plenitud de los tiempos, la venida del Mesías y la instauración del reinado universal y definitivo de Dios.

E. UN PUEBLO BAJO LA NUEVA ALIANZA

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley. En Jesús se cumplen todas las promesas del AT, en él llega a su plenitud toda la historia de la salvación.

Con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad instauro y hace presente el Reino de Dios, nos revela la misericordia de Dios que es nuestro Padre, manifiesta y realiza la reagrupación de los hombres dispersos y divididos por el pecado. Agrupa en torno a sí discípulos y gente que lo sigue, formando con ellos la comunidad, el nuevo Pueblo de Dios abierto a judíos y gentiles. En su sangre sella la nueva y definitiva Alianza. Sus discípulos peregrinan en este mundo, colaborando en la construcción del Reino de Dios y anhelando el retorno glorioso de Nuestro Señor Jesucristo.

Jesús se refirió a Dios como «Padre». Pero esto es difícilmente original. En multitud de religiones, se apela a la divinidad como padre de los humanos. Según G. Schenk, *«La invocación de la divinidad bajo el nombre de padre pertenece a los fenómenos primordiales de la historia de las religiones»*. Contrasta esta afirmación global, referida a las religiones del mundo, con el hecho de que *«el Antiguo Testamento es muy reservado en el uso de esta designación de padre en relación con Yahvé»*. Esta reserva se explica como reacción contra el uso de la imagen del dios padre por los pueblos cananeos, vecinos y enemigos de Israel. La expresión *«padre»* aplicada a Dios traía un eco de representaciones míticas que los profetas rechazaban decididamente. La Biblia Hebrea evita la metáfora *«Padre»* para prevenir el deslizamiento hacia formas de comprender a Dios propias de sus vecinos paganos.



A los profetas les interesa enfatizar que el Dios de los judíos es trascendente y no se confunde con las realidades de este mundo. Pero esta prevención no implica que la imagen de Dios Padre esté ausente de la Biblia Hebrea. El profeta Jeremías escribió: *«Y me decía [Dios]: Me llamarás 'Padre mío' y no te volverás de detrás de mí»* (3,19). E Isaías: *«Tú, YHWH, eres nuestro padre»* (63,16). En el Salmo 103, leemos *«Como un padre tiene compasión con sus hijos, así YHWH se compadece de los que le temen»* (Sal

103,13). En la oración Shemoneh Esreh, una plegaria judía que aún hoy se recita en las sinagogas, podemos leer: *«Perdónanos, Padre nuestro, porque hemos pecado, perdónanos, Rey nuestro, porque hemos cometido falta. Porque tú eres Dios bueno y perdonador. Bendito eres, YHWH, misericordioso y rico en perdón»*. Es claramente injusto el estereotipo que ha contrapuesto el *«Dios cercano»* de los cristianos y el *«Dios lejano e innombrable»* de los judíos.



Si bien en el uso de la imagen de padre para referirse a la divinidad, Jesús no fue original, sí lo fue en el modo directo con el que se dirigió a Dios llamándole «Abba». No existe en la literatura judía un ejemplo semejante de alguien que haya llamado a Dios así. Pero incluso esta peculiaridad ha de entenderse dentro de una imagen de Dios que era compartida en muchos de sus rasgos por contemporáneos judíos. Sin el marco que ofrece la religión de Israel, ni Jesús ni el cristianismo serían comprensibles.

El origen y significado de la palabra «Abba», tal como fue empleado por Jesús y por

el cristianismo primitivo, ha hecho correr ríos de tinta. Este debate se sustenta, en realidad, en sólo tres textos del Nuevo Testamento, dos en las cartas paulinas (Gal 4,6 y Rom 8,15) y una en el Evangelio según San Marcos (14,36), los únicos lugares en los cuales puede encontrarse este término.

Se ha convertido en lugar común la idea, popularizada por Joachim Jeremias, de que la expresión «Abba» tendría su origen en el lenguaje infantil. Según esta interpretación, «abba» sería el equivalente al castellano «papá» o «papi». El mismo Jeremias abjuró más tarde de esta posición considerándola «un caso de inadmisibile ingenuidad», pero el error continuó extendiéndose. No existen argumentos serios que fundamenten esta forma de traducir el término. Por el contrario, pueden aducirse evidencias textuales del uso de «Abba» por adultos en documentos judíos antiguos, como el Targum.

Es un producto de la imaginación moderna la idea de que Jesús se dirigió a Dios como un niño a su padre a través del uso de una palabra proveniente del lenguaje infantil. «Abba» es sencillamente el vocativo de «Ab» (padre), un término usado por igual por adultos y niños, que no denota de por sí una especial intimidad o ternura, mucho menos un matiz infantil. Abba no es papá, y menos aún, papi.

Jesús utilizó, entre otras metáforas la de «padre» para referirse a Dios, con esto no aportó nada radicalmente nuevo que no fuera de uso en las religiones de la humanidad en general o en la suya, el judaísmo, en particular. Lo original de Jesús fue el modo en que fue dibujando una imagen de Dios a través del uso de ésta y otras metáforas. En sus parábolas, Jesús narra un padre bien distinto de los padres de su cultura patriarcal. Quizás ninguna resulta más ilustrativa que la que se nos presenta en el relato, así llamado, del hijo pródigo (Lc 15,11-32).

En esta historia, el menor de dos hermanos pide a su padre «*la parte de la hacienda que me corresponde*». En aquella sociedad, igual que en la nuestra, los hijos no se repartían los bienes paternos en vida, sino a su muerte, como herencia. Pero este padre, contra toda expectativa, distribuye su herencia en vida al hijo que se lo pide. Lo que viene a continuación es más previsible. El joven que se ve de pronto en posesión de una fortuna lo malgasta irresponsablemente y se queda al poco tiempo sin nada. Luego llega la penuria, y entonces, -la narración deja claro que lo que le motiva es el hambre, no los sentimientos más nobles- decide volver a casa. En el camino, prepara el discurso del reencuentro: «*Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus trabajadores*» (Lc 15,18-19).



El verdadero momento de la sorpresa llega ahora, en el desenlace de la parábola: el padre, verdadero protagonista del relato, hace algo que en el contexto sociocultural de Jesús y sus oyentes resultaba chocante: corre, se echa sobre

cuello de su hijo y lo besa (15,20). Correr y tener tales efusiones de afecto fuera del ámbito de la casa era un comportamiento impropio, vergonzante para un patriarca de aquella cultura. El padre del hijo pródigo se comporta como una madre. - «¡Qué vergüenza!», exclamaría un defensor del orden establecido - Y, sin embargo, millones de hombres y mujeres de aquella cultura y de muchas otras se han conmovido hasta las entrañas al escuchar este relato de Jesús.

REYES y padres eran las figuras de autoridad por excelencia en el mundo antiguo. En las sociedades grecorromanas, como en la mayoría de las sociedades de la era preindustrial, las dos instituciones básicas eran la casa o familia (oikós en griego) y la ciudad (polis en griego), que cumplía con las funciones del estado. La paternidad, que es en nuestros días una función sobre todo afectiva y al margen del trabajo productivo, era en aquella época una función, ante todo, de poder. El padre organizaba el trabajo y exigía obediencia. Podía en el caso del derecho romano administrar justicia a los miembros de su casa, incluida la aplicación de la pena de muerte. El «padre» de la antigüedad no es el «papá» de la familia de la era posindustrial.

Llamar a Dios «rey» y «padre» es reconocer la autoridad de Dios. Lo peculiar de Jesús fue el modo en que presentó a este padre y rey. Jesús ofrece una imagen del poder de Dios que subvierte las imágenes humanas del poder. Dios es poderoso, incluso Todopoderoso, pero no ejerce su poder al modo de los poderosos de la tierra. Jesús invita a sus discípulos a convertirse por su comportamiento en metáforas vivas de este otro poder:

«Sabéis que los que son reconocidos como gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y que sus grandes ejercen autoridad sobre ellos. Pero entre vosotros no es así, sino que cualquiera de vosotros que desee llegar a ser grande será vuestro servidor, y cualquiera de vosotros que desee ser el primero será siervo de todos» (Mc 10,42-44)

Jesús no dice que Dios es padre para hacernos entender que Dios nos ama como nos ama nuestro padre. Justo al contrario, lo hace para decirnos que Dios nos ama en un modo en que los padres no se atreven a amar en una cultura patriarcal. Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios no para decirnos que Dios ejerce el poder como lo haría un rey, sino justo al contrario, para subvertir el modo en que gobiernan los poderosos de la tierra.

Dios es llamado Padre no sólo ni fundamentalmente para ofrecer una imagen cercana y cariñosa de Dios, sino sobre todo para subvertir lo que la cultura patriarcal entiende por paternidad. Esto explica, por qué Jesús prefirió la imagen de «padre» a la de «madre» para referirse a Dios: quería poner en cuestión el poder, un atributo paterno y no materno en aquella cultura. Que Jesús no comenzara su oración con «Madre nuestra que estás en los cielos» no es ni mucho menos una prohibición del uso de imágenes femeninas para referirnos a Dios. El uso de invocaciones a Dios en femenino puede dar continuidad a intuiciones profundas del Evangelio.

Las parábolas de Jesús son expresiones de este poder alternativo, metáforas que hacen intuir la verdadera naturaleza del poder Dios, que no se impone jamás. Abren la puerta a un ámbito en el que el amor, lejos crear dependencia, es fuente de libertad. En palabras del biblista español Rafael Aguirre, «el Reino de Dios es oferta desarmada a la libertad humana».